

rios accidentes que ocurren en el mundo: y si nosotros colocásemos nuestra felicidad en estos bienes caducos, y perecederos, la pondríamos sin duda en una cosa que no es nuestra: por lo que consiguientemente necesitamos buscar otra basa, y fundamento mas permanente, y firme, sobre el qual, tanto los pequeños, como los grandes, á proporcion del estado en que se hallan, puedan fundar su felicidad permanente, y propia. El mismo Epicuro conoció esta necesidad, y finalmente se reduxo á constituir la felicidad propia en la sola indolencia, esto es, en tener el ánimo dispuesto, y compuesto de tal modo que en él reyne la paz, no sintiendo afán, ni dolor alguno, que le tenga conturbado, é inquieto. Mudemos ahora el nombre á esta indolencia, llamándola tranquilidad de ánimo, y tendremos aquella felicidad, si no completa, y perfecta, á lo menos envidiable, y permanente, á la qual debe caminar, y puede aspirar el hombre sabio, habitador de este baxo mundo. Esta tal qual felicidad en vano se espera de los Principados, de la nobleza, riquezas, puestos honoríficos, ni dignidades muy eminentes: y si por ventura la encontrásemos en quien goza estos bienes de la fortuna, ó frutos de su industria propia, no la producirán semejantes bienes, sino que será efecto de otra causa de que vamos á hablar ahora.

CAPITULO XXII.

De los medios con que puede conseguirse la felicidad de que es capaz el hombre sobre la tierra, esto es, de la virtud.

§. I.

SI los cetros, y las coronas, las mas luminosas dignidades, la abundancia del oro, hacienda, y rentas pingües no son bastantes para plantar, y mantener en el

co-

corazon del hombre la tranquilidad del ánimo: ¿quál será el medio para conseguir un bien tan grande, y deseado? Las Escuelas de los Filósofos, y la christiana sobre todas ellas (no exceptuando al mismo Epicuro, que vá concorde con todas en esto), alzan el grito, asegurando que la sola virtud del ánimo es la que puede tranquilizar el corazon humano en quanto alcanza la condicion de su naturaleza. A fin de probar, y experimentar esta calma, y quietud en nosotros mismos, es necesario en primer lugar tener por amigo á Dios, perteneciendo solamente á la virtud el procurar, y conservar en el hombre un bien tan grande, que es el mas importante, y esencial de la felicidad, y vida de quien habita sobre la tierra. En segundo lugar, se debe procurar tener por amigos, ó á lo menos no por enemigos á los demas hombres, y para esto ayuda tambien conocidamente el exercicio de las virtudes. En tercer lugar, es necesario regular, y refrenar sabia, y constantemente no menos nuestros apetitos, que nuestras pasiones, y este tambien es oficio de la virtud. Finalmente conviene desterrar de nosotros aquellas falsas opiniones, de que puede resultar en el corazon aun una leve, quanto mas una grave, y tumultuaria conmocion; pero este remedio solamente debemos esperar de la sabiduria, virtud intelectual, y moral al mismo tiempo, no menos que de su hija la prudencia, que es la que gobierna, y dirige las virtudes morales. A proporcion, pues, de la mayor, ó menor sabiduria, y virtud que tenga el hombre, podrá participar mas, ó menos de aquella calma, y tranquilidad en que habemos dicho que consiste la felicidad que compete al hombre, que en el viage de esta vida es aún viandante. Y porque el hombre en qualquier estado que se halle, sea pobre, ó rico, noble, ó plebeyo, de alto, ó de baxo empleo, ú oficio, dentro, ó fuera del estrépito del mundo, superior, ó súbdito, en todos estados, en fin, es capaz de adquirir, y poseer la virtud; por tanto, ved aquí el medio que ha destinado

do

do nuestro buen Dios para que toda suerte de personas puedan conseguir esta felicidad, que aunque sea imperfecta mientras vivamos en este mundo, con todo, es la que busca con ansia el hombre sabio: siendo esto así, como lo es en la realidad, parece que ninguno debe tener fundamento justo para envidiar la suerte del otro, quando está en su mano el adquirir este excelente, y apetecible bien terreno, que consiste en la tranquilidad del ánimo. No obstante ser esta una verdad tan clara, parecerá esto á muchos una extraña paradoxa. Si vemos continuamente que á los ricos, y hacendados tienen envidia los pobres, á la nobleza la plebe, y casi todo súbdito á sus superiores, ¿cómo podremos comprehender, ni pretender que no sea mas feliz, ó menos infelíz el estado de aquellos primeros, que el de estos segundos?

§. II.

EN el Capítulo XXXV. tendré lugar de volver á tocar esta materia, en la que tiene mucha parte la opinion, que es forzoso desamparar, como diré allí. Entre tanto digo ser verdad, que el Príncipe, el poderoso, y otro qualquiera que ocupe puestos muy altos, teniendo abundancia de riquezas para mantenerlos, logran suficientes ventajas sobre el pobre labrador, sobre el artista, y sobre los demas pobres, que componen una familia muy numerosas. Las riquezas de aquellos no puede dudarse que son medios poderosos para libertarse de muchas incomodidades, trabajos, y fatigas, á que está expuesta la pobre gente, que por esto se reputa por infelíz ordinariamente en comparacion de los ricos, y acomodados. Añádase, que por lo comun mayores gustos, y placeres disfruta el que tiene mayores riquezas, y de consiguiente se le acrecienta el capital de la felicidad en esta vida, cosa que no puede esperar el pobre, por lo menos tan facilmente. Por tanto, considerando estas verdades el comun de las gentes, no es maravilla que tanto suspiren por adquirir riquezas, tanto deseen el poseer gran-

grandes palacios, dilatados cortijos, multitud de criados, y toda especie de comodidad para la vida humana, y civil. Y seguramante, que á excepcion de aquellos que caminan á la perfeccion, buscando un Reyno, y una felicidad que jamas tendrá fin, muy pocos se encontrarán acaso en el resto de los hombres, que no prefieran la suerte de los grandes, y ricos á la de los pobres rústicos, y artesanos; no obstante esto, debe observarse, que en el estado de los que tienen poco, y ganan el pan con el sudor de su rostro, se hallan singulares privilegios, aunque poco notados, y considerados, siendo cosa cierta, que para esta clase de hombres estan reservados otros ventajosos placeres, que no prueban los ricos, y grandes. S. Juan Chrisóstomo en la Homilía 55 sobre S. Mateo, y en otros muchos pasages de sus excelentes obras, forma una comparacion bellísima entre estos dos estados, y señala en ella las mutuas comodidades, é incomodidades con que la Divina Providencia va contrapesando la suerte de todos los hombres mientras viven sobre la tierra. Hablo ahora solamente de la gente plebeya, y baxa, pero de aquella que no esté tan oprimida de miserias, y trabajos, que ni le falte el sustento diario, ni tenga cerradas las puertas á todo consuelo, y de consiguiente á la quietud, y tranquilidad de su alma, y de su cuerpo. Pedia el Sabio á Dios que ni lo cargase de riquezas, ni lo reduxese á una pobreza extremada: *Divitias, & paupertatem ne dederis mihi*; ¿y qué estado es el que pide á Dios el Sabio? Solamente lo necesario para vivir: *Sed tantum victui meo tribue necessaria*. Lo cierto es, que si ni en el corazon de los ricos, ni en el de los pobres se hallase la quietud, y tranquilidad del ánimo, en la que, segun hemos probado hasta aquí, consiste la felicidad de los mortales, ningunos de estos llegarían á ser felices. Ni la mayor abundancia de conveniencias, y placeres actuales de que gozan por lo comun los ricos, basta para hacerlos mas felices, y dichosos; pues, como ya hemos visto,

estos placeres, y deleytes son como una añadidura á la felicidad verdadera; pero no son esencialmente la felicidad misma, antes bien debemos tener por cierto que el corazon de un pobre, el qual puede, y sabe estar siempre en calma, debe preferirse al de un rico, y grande del mundo, el qual continuamente se halle agitado de sus apetitos, y pasiones, y de otros vientos que causan en él inquietudes, y desasosiegos. Puede preguntarse tambien si es mas feliz el pobre en quien se hallase esta virtud de la tranquilidad, que el rico que tiene igualmente esta virtud? Porque así como la virtud puede hallarse en el pobre no menos que en el rico, así toda condicion de personas que elija, y se determine á seguir, y abrazar la virtud, es capaz de la tranquilidad, y de aquel bienaventurado sosiego á que aspira el hombre sabio. Dexo por ahora indeciso, si aquel rico virtuoso, en cuya mano está el apartarse de muchos males, y gozar actual, y efectivamente de muchos bienes, y comodidades, debe ser, ó no preferido, absolutamente hablando, al pobre tambien virtuoso, como se hace ordinariamente. Puede tambien el pobre, con tal que sea profesor de la virtud, gozar de muchísimos inocentes actuales placeres, y no experimentar muchos afanes, que como rayos activos, y destruidores van á herir, no las humildes chozas, sí bien las torres altas. Puede tambien adquirir la tranquilidad del corazon, que es el principal constitutivo de la felicidad, guardando la inocencia, y la templanza en su modo de vida, contentándose con el estado en que Dios le ha puesto, siendo industrioso, y amante de la fatiga, y trabajo, sin afanarse por las falsas brillanteces del mundo. Ciertamente que no habló al ayre el Príncipe de los Poetas latinos quando dixo:

Felices sua si bona norint Agricolaë.

Y tambien Horacio tuvo su justo motivo para dexarnos aquella sentencia: *Beatus ille, qui procul negotiis, &c. Paterna rura bobus exercet suis, &c.*

§. III.

§. III.

NO faltaria materia si quisiésemos tratar esta questão académicamente. Lo que podemos decir desde luego acerca de esto es, que la serenidad del ánimo, y de consiguiente la felicidad del pobre virtuoso, tal qual dexamos ya dicho, será por lo comun mas segura, y permanente que la del rico igualmente virtuoso. Toda grandeza, y riqueza es para su dueño una tentacion continua, un fuelle que jamas se cansa de soplar, y mover los apetitos, y pasiones, una ocasión para perder la virtud, y la amistad de Dios, que son las causas, y fomentos esenciales de la tranquilidad, ó sea la felicidad posible, que viviéndo en la tierra puede lograr el hombre. Grande es la dificultad que experimenta el que manda muchos Pueblos, ó abunda en riquezas, y hacienda, para refrenar la vanidad, y soberbia, para defenderse de las ocultas baterias del interes, y avaricia, y para superar, y vencer las dulces lisonjas de la infame luxuria, todos los cuidados de la gula, de la ira, y de la venganza, y de otras muchas pestilentes dolencias de semejante naturaleza. El humo es ordinariamente el alimento de los grandes; y la hacienda grita continuamente en el corazon de los ricos, persuadiéndolos, que ella está destinada para que logren sus placeres, y gustos. Gran valor, y fortaleza es necesaria para resistir á persuasivas tan eficaces como continuas. Al contrario, el que se halla en pobre estado, no tiene estos enemigos, ó si los tiene, facilmente los derrota, y deshace. Por tanto, los Santos por lo comun eligieron la pobreza, como guardiana mas segura, y fiel de la virtud, ó supieron vivir como pobres en medio de la abundancia, y puestos muy eminentes. Ciertamente que los grandes, y ricos tienen mas necesidad que los pobres de una buena provision de virtudes para no caer, y sostenerse; y por consiguiente el que es Santo en medio de las grandezas, y en la abundancia de las riquezas, regularmente hablando, puede llamarse mas Santo que los otros.

Tom. I.

V

§. IV.

§. IV.

PAsemos ahora á explicar qué es lo que entendemos por este nombre de virtud, que es lo mas importante en punto de la Filosofía Moral: y no hemos de tratar de ella solamente para aprender á conocerla, sino tambien para poseerla, y exercitarla; pues en la posesión, y en la práctica de ella consiste toda la esperanza de tranquilizar nuestro ánimo en esta vida. Dexo aquí á los Escolásticos todas sus disputas en este punto: dexo, y venero todas las definiciones, que de la virtud han dado otros, y permitáseme llamarla una determinada, y constante voluntad de seguir siempre en las humanas acciones el orden que ha señalado Dios, y que nos está manifestado por la recta razon, ó por la revelacion del mismo Señor, y de seguirlo siempre, porque es cosa que agrada á la Magestad Suprema. Para que un hombre pueda llamarse virtuoso, ó esté dotado de las virtudes morales, que llaman los Latinos *virtutes del ánimo*, es necesario en primer lugar el conocer cuál sea el orden, y disposicion que la Ley de Dios pide, y busca en el corazón, y acciones del hombre, consultando para esto la razon natural, y la divina revelacion, la qual ofrece un admirable refuerzo á esta misma razon, para conocer mas claramente lo que el Supremo Autor, Señor, y Gobernador del mundo requiere, y pide á sus criaturas racionales: de esto volveremos á hablar despues. Lo segundo, luego que se haya reconocido este orden, y disposicion de Dios, es necesario que la voluntad se aplique, y determine á quererlo, aficionándose, y abrazándose con él mismo; y de consiguiente debe aborrecer todo desorden en las humanas acciones, y en las costumbres, como cosas todas contrarias á las disposiciones, y ordenanzas divinas. Lo tercero, no basta tener esta voluntad así como quiera, es necesario que sea una voluntad determinada, y espontánea, que quiera, y exécuta con gusto, y placer todo aquello que sea conforme á la intencion del Supremo

Legislador. El hacer limosna á un pobre, pero de mala gana: el perdonar al enemigo, pero solamente con la boca: el abstenerse de la deshonestidad, del hurto, y otras cosas malas, pero únicamente por temor de no caer en las manos de la humana justicia; no son actos de virtud, porque les falta aquella aficion, aquella alegría, y resolucion que debe tener nuestra voluntad quando obra bien. Aun quando la voluntad quiera alguna vez con afecto, y sinceridad aquello que la prescribe, y señala la recta razon, no basta esto para que un hombre sea, y se llame verdaderamente virtuoso. Se requiere, y necesita mas; esto es, que la voluntad sea constante en el bien obrar, habituándose á las acciones de virtud, absteniéndose al mismo tiempo de los actos contrarios á ella. Por esto Aristóteles, y sus sequaces llamaron doctamente á la virtud *un hábito operativo de bien obrar, ó de obrar el bien*. O! es forzoso confesar que cuesta sudores el adquirir la virtud. Un solo acto de ella no constituye un virtuoso, ni basta para manifestar que haya echado raices la aficion á la virtud. Un hombre refrena, y contiene hoy su cólera contra un criado de su casa: ved aquí un acto virtuoso de mortificacion; pero acaso este mismo, agitado mañana de la misma cólera, le rompe al pobre criado la cabeza. Hoy ayuna algun otro, y es templado; y acaso mañana lo hallaras beodo. Es necesario, pues, que el hombre dé muchas pruebas, para asegurarse que su voluntad está habituada en el bien, y en el amor al orden, y disposicion de Dios. Este hábito se conoce quando la voluntad, despues de repetidas experiencias, se halla diestra, y pronta para practicar en todo tiempo, y en qualquier coyuntura, sin trabajo, y espontaneamente, las acciones racionales, y honestas, con aborrecimiento, y horror á las contrarias. Ningun arte se exercita bien, quando el artista no está muy práctico en ella. ¿Qué será, pues, del arte de bien obrar, y vivir como sabio, que es la mas espinosa, y difícil que hay en el mundo?

§. V.

A demas de todo esto, es necesario que la voluntad quiera aquello mismo que dicta la razon, porque esto es lo que se llama *racional*, y es conforme al orden que ha señalado el mismo Dios, y lo que nos enseña la naturaleza, y los discípulos de la Sabiduría. Honestísima cosa, y accion muy laudable es el proteger, y defender las viudas, los pupilos, y los huérfanos; pero, ninguna de estas será accion virtuosa, quando alguno la execute, no diré por secretas, y perversas intenciones, y abominables fines de lascivia, porque en este caso ya serán vicio mas aun quando se hagan solamente por interes, lo qual no es virtud. No deberá llamarse humilde el que únicamente por miedo de algun superior, ó por llegar á conseguir algun empleo, que desea con ansia, como sucede cada dia, se exercitase en actos de humildad. Máscaras de virtud con resabios de hipocresía son estas cosas, no virtudes morales, ni christianas; porque la recta intencion, y el buen fin, son los constitutivos de la verdadera virtud. Quanto llevamos dicho en orden á la virtud, y á este propósito, otro tanto debe decirse del vicio, el qual puede llamarse *una voluntad determinada, y constante de querer aquello que es contra el orden dado, y señalado por Dios, manifestado á nosotros, ó por la razon natural, ó por la divina revelacion*. La costumbre, y facilidad de hacer actos viciosos, se requiere tambien para adquirir el hábito, y para que con propiedad se llame vicioso un sugeto: ni basta para esto el que caiga alguna vez en vicio, ó pecado, si no es que la accion sea tan enorme, y fea, y se acompañe de tales circunstancias que manifiesten su malicia completa, que proviene de un ánimo inficionado, y extrañamente corrompido del vicio; y en este caso merecería riguroso castigo, como verdadero vicioso.

§. VI.

§. VI.

Baste por ahora lo poco que hemos dicho sobre la virtud en general, siendo esta un arbol tan noble, y poblado, que se derrama, y esparce en muchas, y varias virtudes particulares, á las quales los Filósofos antiguos pusieron nombres con tanta extension, y particularidad, que no solamente nos señalaron las principales ramas, y gajos de este arbol hermoso; mas tambien los pimpollos mas pequeños, como dando á entender que qualquiera accion laudable, que pertenezca á las costumbres del hombre, pueda por sí llegar á ser una particular virtud. Observó despues Aristóteles, que en un medio consistian todas las virtudes; y quiso decir, y enseñarnos que estaban en medio de dos extremos, que son el defecto, y el exceso; de modo, que así como el que bayla sobre una maroma, debe observar el equilibrio que está en el medio, si quiere mantenerse, lo que no conseguirá si se inclinase á una de las dos partes izquierda, ó derecha, pues en este caso caerá infaliblemente; del mismo modo el virtuoso debe evitar uno, y otro extremo, el exceso, y el defecto, para no caer en el vicio; pues vicios se llaman los extremos entre los quales están puestas las virtudes. No puede dudarse ser muy ingeniosa esta regla, y esta observacion muy provechosa; pero no es adaptable á todos los casos; porque ademas de ser cosa muy difícil el determinar este medio, y estos extremos en todas las virtudes, crece la dificultad de buscar, y señalar los extremos en alguna determinada virtud, y en muchas no distan del medio con igual proporcion. Dexando, pues, á parte estas quèstiones, apuntaré mas presto los nombres de aquellas virtudes, que hallamos en los libros de nuestros mayores. Quatro son entre todas las principales, que se nos presentan á la vista, que se llaman cardinales en atencion á su extension, é importancia, que es de tal manera que muchos quieren que sean parte de estas, ó nazcan

de ellas las virtudes todas. La prudencia, puesta entre la insensatez, y la astucia, ó picardía: la justicia, cuyo exceso no se descubre facilmente, pero sí el defecto, que es la injusticia: la templanza, que se halla en medio de la destemplanza, é insensibilidad, extremo, que ciertamente lo ha imaginado alguno por decir algo: la fortaleza colocada entre la vileza, ó pusilanimidad, y el atrevimiento, ó temeridad. Dividen despues la prudencia en privada, ó particular, económica, política, Militar, y Real: y debemos darles gracias porque se han contentado con tan poco; pues podian adelantar los términos de esta division, diciendo que hay prudencia mercantil, propia de los mercaderes: prudencia médica, propia, y muy practicada de los Profesores de esta facultad: prudencia forense, necesaria á los Abogados, y Procuradores: prudencia de Pilotos, de labradores, y de los otros artistas; pues para cada una de estas facultades se necesita una particular prudencia. Tambien llamaron partes integrales de la prudencia á la memoria, la docilidad, la sagacidad, la razon, la providencia, la circunspeccion, y la precaucion. Admitió tambien la justicia sus divisiones propias, y de ella quieren que nazcan la religion, la santidad, la piedad, la caridad, la obediencia, la veracidad, ú sea sinceridad, la gratitud, la liberalidad, la afabilidad, y la amistad. De la templanza quisieron que fuesen hijas la abstinencia en el comer, y la sobriedad en el beber, la continencia, ó castidad, y la pudicicia, la vergüenza, la clemencia, la humildad, la modestia, la dulzura, la misericordia, el amor del decoro, la amabilidad, la gentileza, la urbanidad, ó jocosidad en la conversacion. Finalmente, baxo la fortaleza pusieron la confianza, la magnanimidad, la paciencia, la longanimidad, la magnificencia, la constancia, ó perseverancia.

§. VII.

NO es difícil el conocer que algunas de estas virtudes se diferencian en sólo el nombre, y no en la subs-

substancia; además de que no todas estas virtudes aparecen propriamente subordinadas á las quatro cardinales ya referidas. Ultimamente puede parecer á alguno que no está completo este catálogo mencionado; pues tenemos la generosidad, la beneficencia, la mansedumbre, la cortesía, la discrecion, la parsimonia, la benignidad, la gentileza, la intrepidez, y otros nombres que ocurren en los discursos familiares, y que no obstante significan en parte lo que expresan las virtudes precedentes; pero sobre todo se ha de añadir á aquel catálogo con un nombre particular la virtud de la mortificacion, como una de las principales, y mas importantes virtudes de la vida moral, y parte de la templanza, que es virtud cardinal. Quien quisiese tratar particular, y plenariamente de todas estas virtudes, y delinear sus empleos, y actos propios, juntamente con sus extremos, entraria en una carrera muy larga, y dificultosa. Yo me contentaré con presentar á mis lectores solamente aquellas que juzgare de mayor importancia, y necesarias en la práctica á todos los que desean ser verdaderos christianos, y sabios. Digo necesarias á todos, porque toda criatura racional debe tener una cordial inclinacion, y aficion á qualquiera virtud; pero no es necesario que en la práctica las exercite todas. ¿Como podrá el pobre mendigo ser magnífico, ó liberal? ¿Cómo exercitará la mansedumbre, y clemencia el que jamas ha recibido ofensa, ó injuria? ¿Cómo tendrá el mérito de la fortaleza militar una persona consagrada á Dios, ó una muger? Al contrario, todos tenemos obligacion de mantenernos lejos de todo extremo vicioso, bastando un solo vicio para privar del glorioso título de virtuoso á qualquiera que por otra parte fuese recomendable por la posesion, y práctica de varias virtudes. El que uno por exemplo jamas exercite la virtud de la liberalidad, acaso tendrá buenas razones para excusarse; pero le faltarán estas para ser pródigo, y para ser avariento, y lo mismo podrá decirse de otras virtudes, y vicios.

§. VIII.

Entre tanto conviene acordar aquí, que la verdadera reputacion, y mérito de las criaturas racionales que habitan sobre la tierra, consiste principalmente en la posesion, y exercicio de las mencionadas virtudes; porque en el amor, y en el exercicio de ellas está colocado el buen uso de la razon, y el ser semejantes de algun modo al mismo Dios, cuyos atributos infinitos, y excelentes deben servir de regla, y norma á las virtudes del hombre. Por tanto, la mas bella figura que pueda hacer el hombre en el mundo, es la de ser, y darse á conocer por virtuoso. Y quanto en mas alto puesto se halle colocado el hombre, y tenga campo mas anchuroso para exercitar las virtudes, tanto mas luminosa, y digna de alabanza será su vida, y persona siempre que no dexé esta carrera; fuera de que no hay cosa para los profesores de la virtud tan útil, y provechosa como la virtud misma. Si del amor, y la práctica de esta, y no de los cetros, y coronas, ni de los empleos altos, y honoríficos, depende verdaderamente el gozar la permanente, y verdadera felicidad, de que son capaces los mortales en esta vida, no puede decirse mas para dar á entender la grande utilidad de la virtud. Ni solamente es ella ventajosa á quien la posee, y exercita, mas tambien lo es á la sociedad humana, y á las repúblicas, en las quales, quanto es mas abundante la cosecha de los virtuosos, tanto es mayor la felicidad, y la gloria de las mismas repúblicas. Muy al contrario los vicios, que son los que introducen los trabajos, la miseria, y la ignorancia en las personas privadas, y llegan á desconcertar la armonía, y buen estado de las repúblicas. Esta sola comparacion de la virtud, y el vicio basta para conocer cuál sea la belleza, y mérito de aquella, y cuál la fealdad abominable de este. Una comunidad, que solamente se compusiese de amantes, y profesores de la virtud, podria llamar-

marse un Reyno envidiable de paz, de delicias, y de amor. Al contrario, una que se forme de viciosos solamente, seria un exemplar de confusiones, y desórdenes; y no se encontraria reparo suficiente que pudiera librarla de su destruccion, y ruina. Por tanto, al paso que la virtud es digna de toda alabanza, y aprecio, otro tanto es despreciable, y vituperable el vicio. Y quanto aquella debe elegirse, y practicarse, otro tanto debe el vicio aborrecerse, y huirse. No quiero disimular aquí una de las mas lastimosas desgracias que al presente affigen á la humana naturaleza: bellísima, y utilísima es la virtud: deberia ella sola reynar, ó por lo menos abundar en el mundo, y con todo vemos que con grande exceso reyna en él, y abunda el vicio. No hay que maravillarse: para conquistar, y lograr la virtud, cuyo camino es empinado, áspero, y escabroso, es necesario ánimo, y esfuerzo. No sucede así con el vicio, cuyos caminos van ácia abaxo, y para baxar no se necesita de tanto esfuerzo. Ademas de esto es muy facil el pasage del estado de la virtud al de los vicios, siendo escabrosísimo, y dificil el del vicio á la virtud. Poco se necesita para hacer una mortal herida; pero mucho para sanarla. Finalmente, si hemos visto arriba un rico, y numeroso catálogo de las virtudes, debemos saber que aun seria mas dilatado el de los vicios, si se quisiese registrar el nombre de todos, y cada uno de ellos. Señalemos con todo algunos de los mas comunes. Tales son la soberbia con todos sus hijos; esto es el orgullo, la insolencia, la presuncion, el atrevimiento, la arrogancia, la vanidad, ó vanagloria, la ambicion, &c. la impiedad, la injusticia, la luxuria, la gula, el interes, ó avaricia, la pusilanimidad, la temeridad, la intemperancia, la ingratitude, la impaciencia, la imprudencia, la crueldad, la brutalidad, la inmodestia, la desesperacion, la obstinacion, la hipocresía, la simulacion, la adulacion, la mentira, la infidelidad, el falso zelo, la fraudulencia, la traicion, la incivilidad, la pedantería, la

inestabilidad, la implacabilidad, el escándalo, el hurto, la rapiña, la envidia, el perjurio, la maledicencia, la blasfemia, la desobediencia, la venganza, la prodigalidad, y otros muchos vicios, cuyos nombres oímos en el comun language, y se hacen ver aun en las costumbres, y acciones de tantos hombres.

§. IX.

EL joven sabio, ó el sabio entre los jóvenes, desde luego concibe una firme resolución de aborrecer el vicio, y seguir la virtud: no le faltan buenos exemplos que imitar: muchos viven aun en sus escritos, y muchos se presentan cada día á nuestros ojos; de manera, que la raza de jóvenes sabios, y de costumbres irreprehensibles, no faltará jamas entre los hombres. A estos procura imitar el mancebo juicioso, y amante de la virtud, aun quando todos los otros sean iníquos, y perversos (lo que jamas sucederá). El joven virtuoso, y sabio está firmemente resuelto á seguir el camino de la virtud, y probidad, porque le sobran luces para conocer que la virtud sola es la que puede agradar á Dios, de quien nos viene todo el bien; y que ella es la que va de acuerdo con la recta razon, quando el vicio por el contrario la desprecia, y maltrata, reduciendo al hombre á la condicion de una fiera bestia. Es verdad que la senda, y camino de la virtud es á los principios empinado, y áspero; pero siguiéndole con animoso esfuerzo, se descubre siempre mas ameno, y delicioso, infundiendo siempre una verdadera alegría en el corazon de quien lo sigue con firme constancia. Al contrario, el camino de los vicios es al principio muy facil, y parece llano, delicioso, y ameno, se representa todo sembrado de hermosas flores, y convida con alegrías, y placeres; pero al cabo de la jornada, todo es inquietudes, arrepentimientos, y dolores. Camine, pues, por este carril el que desease una buena cosecha de miserias, é infelicidades, que tarde, ó temprano experimentará en el alma, y en el cuer-

cuerpo. En esta carretera se deleyta, y goza el que desprecia, y hace poco caso de Dios, justo, y severo Juez para castigar los malos, y liberalísimo remunerador de los buenos. Finalmente, la virtud es el único medio para estar bien aquí, y mucho mejor en el pais de la eternidad, y merece el título de sabio el que sirve, y ama á un Dios tan bueno; siendo por el contrario un loco, y necio el que se aparta de él por seguir el vicio. Mas porque la mayor parte de las virtudes consiste en contener nuestros apetitos, y refrenar nuestras pasiones, en seguir lo que es honesto, y justo, y en ordenar el hombre sus acciones todas, pasemos ahora á exáminar primeramente qué cosa sea lo que llamamos honesto: despues veremos en lo que consiste este orden; y finalmente trataremos del freno, y modo de contener nuestros apetitos.

CAPITULO XXIII.

De lo honesto, de lo justo, y de la virtud, si por su naturaleza, ó esencialmente sean cosas buenas, y del orden que quiere Dios en el hombre.

§. I.

DE mala gana entro á tratar questões metafísicas, y sutiles, quando escribo la Filosofía Moral, ó de las costumbres; porque deseando que estos razonamientos tales quales son puedan servir á los jóvenes, y á los de mediano ingenio, que suelen ser los mas, no quisiera precisarlos á que masticasen conocimientos recónditos, y meramente especulativos, que fatigan, y cansan por de contado, y suelen instruir, y enseñar poco al que no está acostumbrado á rumiar, y meditar atentamente, ó es poco aficionado á este género de estudio, y mas quando ya he dicho, y lo repito ahora, que esta Filosofía debe tener por término, y fin el saber obrar, y no el saber disputar. Todavía